Pancha Garmendia

DRAMA HISTÓRICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

D. José Llorens Allió

Archivo Teatral
MADRID
San Pablo 21-BARCELONA
163

PANCHA GARMENDIA

Antonio Feliu
y Codina

Mayo de 1889.

PANCHA GARMENDIA

DRAMA HISTÓRICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

D. JOSÉ LLORENS ALIÓ

PALMA

IMP. DE AMENGUAL Y MUNTANER

1889

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

PERSONAJES

PANCHA GARMENDIA.
DOÑA ANA.
ELISA LINCH.
INÉS.
FRANCISCO SOLANO LÓPEZ.
DON MANUEL BARRIOS, Coronel.
PEDRO, primo de Pancha.
VÍCTOR.
VARIOS JEFES DE TROPA.

Señoras y Señoritas, Transeuntes, Soldados, Prisioneros, etc., etc.

La escena pasa en el Paraguay. Época 186.....

Al Sr. D. Carlos Casado

ilustre financista

de la

República Argentina

y

BANQUERO EN EL ROSARIO DE SANTA FÉ

Sr. D. José Monte.

Mi muy querido amigo:

Sírvase V. ofrecer á mi nombre al **Sr. D. Carlos Casado** *el presente drama histórico que conmemora la más célebre heroina del Paraguay.*

Ábranle Vdes. las puertas del teatro, y cualquiera que sea el favor que el público le dispense, no podrá quitarle nunca la gratitud que deba á su protección,

Su afmo. S. S.

El Autor.

Palma 25 de Abril de 1889.

ACTO PRIMERO

Suena la banda militar frente la casa de Pancha.—La calle y un cobertizo á la derecha.—Pasean varias personas.

ESCENA PRIMERA

Dos TRANSEUNTES, luego varias señoras.

Trans. 1.° Don Felipe, cómo está?...
Trans. 2.° Gracias, Juan, dando un paseo.
Trans. 1.° Esta calle es un recreo
apenas el sol no dá.
Vamos juntos?...
Trans. 2.° Como quiera;
pero ha de ser con cachaza.
Para donde?...
Trans. 1.° Hacia la plaza:
al compás de esa habanera. (Salen.)
Lola. Qué lindo para bailar,
no, Juana?
Juana. Lindo estaría;
de oir no me cansaría
esa música tocar.
Escucha!...
Señora. Niñas, ya es hora
de dar vuelta.. por allá!...

Lola. Espere un poco, mamá!...
Juana. No tenga apuro, señora;
esa pieza es tan bonita!...
Señora. Va siendo muy tarde, Juana.
Lola. Calle!... Pancha á la ventana!
qué estrañeza!...
Todas. Adios, Panchita!...
(En efecto, Pancha se ha sentado en la ventana de enfrente. Se saludan.)
Lola. La rubia siempre tan bella!
Juana. Por quién la banda vendrá?...
Señora. Como pára tanto acá,
dicen que viene por ella.
Lola. Y es Pancho, que se la manda,
pues sin duda la enamora...
Juana. Y, ella?...
Lola. Nada por ahora....
Juana. Pero sale á oir la banda!... (Maliciosamente.)
Señora. Silencio, niñas, y vamos!
Lola. Oyen ustedes?...
Señora. Qué tiene?...
Lola. La Escolta, mamá, que viene!...
Juana. Ya está aquí!...
Señora. Pronto; volvamos!!... (Salen.)
(Aparece Solano López á caballo, con su Escolta.— Todos saludan.— Por el lado opuesto llega á pié el Coronel Barrios.)

ESCENA II

SOLANO LÓPEZ y el CORONEL BARRIOS.

Barrios. Buenas tardes!... (Saludando muy cortés.)
López. Coronel,
á punto llega!...
Barrios. Señor!... (Acercándose.)
(López se baja del caballo, y lo entrega á un ayudante.)
López. Tome la rienda, Mayor,
que está brioso el corcel.
Vayan ustedes!... (Por la escolta.)
Retire,

ya los músicos. (Al Jefe de la banda, que saluda y sale.)
¡Panchita, (A la ventana de Pancha)
buenas tardes!... ¡qué carita
de cielo!... Deje que admire, (A Barrios.)
otro instante, don Manuel,
esa hermosura galana.
Se vá!... y cierra la ventana!...
Adios!... (Pancha hace lo que indica el diálogo.)
Ahora, coronel,
que estamos solos aquí,
cuénteme ya esa querella;
cómo quedaron con ella,
qué piensa y dice de mí!...

Barrios. Todavía no la hablé.

López. Entonces?... (Muy ansioso.)

Barrios. Quedó la cita
para luégo, y mi visita
sin falta esta noche haré.

López. Malhaya!... ya yo creía
que estaba usted de regreso:
pero, en fin, nada por eso
se ha perdido todavía.
No se olvide del regalo,
saque de todo partido;
y apenas haya concluido,
deme parte, bueno ó malo.

Barrios. Está bien.

López. Vea doña Ana
hacia qué lado se inclina:
á Inés, dele una propina,
para hacerla más humana.
Eche una vista al jardín,
y tome medidas ciertas
de los pasos y las puertas,
por no malograr el fin.

Barrios. Según eso, está empeñado...

López. A luchar, sin más porfía:
esta noche será mía,
quiero cumplir lo jurado.
Si se obstina, he de vencer,
si grita, nada me aterra;

por la paz ó por la guerra
á mis brazos vá á caer!...
Vaya luégo á la entrevista,
y al salir, fíjese en todo:
después... oh!... yo sabré el modo
de terminar la conquista!...
Pronto, y gran sagacidad...

Barrios. Descuide.

López. A usted el honor;
á mí, el tacto y el valor...

Barrios. Voy con toda brevedad!... (Se saludan y apartan.)

CAMBIO DE DECORACIÓN

La escena en casa de Pancha.—Sala de recibo.—Al anochecer.

ESCENA III

Doña ANA, con una tarjeta en la mano.

D.ª Ana. Horror; momento fatal!...
nuestra ruina estaba escrita!...
mi nombre y el de Panchita
en poder del General!...
Esa tranquila morada,
ese sagrado retiro,
hollados por el *vampiro* (A media voz.)
de la patria desolada!...
Cuyo instinto corruptor,
de llanto y sangre sediento,
vendrá á manchar con su aliento
nuestra vida ó nuestro honor.
Oh!... este aviso cruel,
todo me lo dice, todo... (Se oyen pasos.)
Ahí está... ¡que no haya modo
de resistirse contra él!...

ESCENA IV

Doña ANA y BARRIOS.

Barrios. Muy buenas noches, señora;
puedo entrar?...
D.ª Ana. Pase adelante,
don Manuel; hace un instante
llegó su esquela, en buen hora.
Barrios. Y, Pancha, que no la veo,
está buena?...
D.ª Ana. Sí, señor;
debe estar con la labor
en su cuarto, según creo.
Barrios. Solita siempre!...
D.ª Ana. Para ella,
no existe más compañía
que la de Dios y la mía.
Barrios. Siendo tan joven y bella!...
Cómo es posible, doña Ana,
que no haya alguna ilusión
dentro de su corazón,
en esa rosa temprana?...
D.ª Ana. Ninguna; puede estar cierto.
Barrios. Qué más usted vá á decir!...
yo le puedo garantir
que su pecho no está yerto.
Y un fuego de viva llama,
por ser acaso el primero,
con su aliento lisongero,
ha tiempo ya que la inflama.
D.ª Ana. Pues sabe usted más que yo.
(Me asusta su innoble gesto!) (Aparte.)
Barrios. Ningún pecado hay en esto;
es niña, y se enamoró.
D.ª Ana. Quiere decirme de quién?...
Barrios. Vaya un empeño infecundo;
si lo sabe todo el mundo!...
D.ª Ana. Pero, yo...
Barrios. Y usted también!...
Se empeñará á desmentir,

y decírselo no temo,
lo que le consta al Supremo?...

D.ª Ana. (Cielos; me siento morir!) (Aparte.)

Barrios. Y si no me lo confiesa,
sepa usted que es por su mal:
Pancha ama á Pedro...

D.ª Ana. No tal.

Barrios. Y su suerte le interesa;
pues, con descuido infantil,
y por hablarlo, impaciente,
desde que Pedro está ausente,
le ha escrito una vez... y mil!...

D.ª Ana. Las pruebas!...

Barrios. Oh, no se apure;
si las quiere, las tendrá,
ello se averiguará,
no hay mal que cien años dure!...

D.ª Ana. Calumnia que á nuestro honor
hizo algún infame espía:
yo, la verdad le diría
si existiese tal amor.
Pero repito, segura
de la palabra que doy,
que á ningún hombre, hasta hoy,
miró Pancha con ternura.
E incapaz de escribir fuera
lo que para nadie siente;
perdone usted, pero... miente
quien tal cosa le dijera! (Sollozando.)

Barrios. Basta; ya está perdonada!...
pues, quién volverá mejor
por su hija y por su honor,
que una madre idolatrada?...
De ello, su inocencia arguyo;
y me es gustoso creer,
que el rumor debió nacer
de algún enemigo suyo.
Tan estraña era la cosa (Cada vez más confidencial)
para mí, que me decía:
¿cómo doña Ana podría,
con una hija tan hermosa,
dejar que la enamorara

un infeliz, un cualquiera
como Pedro, y no supiera
afrentarlo cara á cara,
y salvar la situación
como exije su decoro,
reservando aquel tesoro
para más alta ocasión?...

D.ª Ana. (Un cambio tan repentino (Aparte.)
me hace sospechar...)

Barrios. ¿No es cierto
que el hombre ménos esperto
juzgaría así?...

D.ª Ana. (Adivino!...) (Aparte.)
Esto debió suponer
antes que el cargo me hiciera;
no se ultraja como quiera
la virtud de una mujer.

Barrios. Bah! no riñamos ahora
por lo que dije, inspirado,
sólo por el buen cuidado
que usted merece, señora.
He visto á Pancha nacer,
y la tengo simpatía
como si fuera hija mía,
á quien obliga el deber.
Y pues afecto sin tasa
tengo á las dos, natural
es mi celo paternal
por la dicha de la casa.

D.ª Ana. Gracias!...

Barrios. No tiene por qué
darlas; esa es la verdad,
y de mi sinceridad
otra prueba le daré.
Pues que Pancha todavía
á nadie dió el corazón,
una feliz ocasión
se le presenta hoy en día;
de emplearlo en la persona
más noble y más generosa,
cuya pasión amorosa
ese testimonio abona. (Saca un estuche de regalo.)

D.ª Ana. A mi hija vió alguna vez?...
Barrios. Y la quiere con delirio:
pero le causa martirio
su natural esquivez.
Sabe que á todos desdeña,
que resiste con ardor
el halago y el favor
de quien en su mano sueña...
Pero que acepte confía
ese espléndido presente
el *futuro Presidente,* (Con solemnidad.)
que es, señora, quien lo envía!...
D.ª Ana. Solano López?
Barrios. Cabal!...
D.ª Ana. (Dios eterno!...) (Aparte.)
Barrios. ¿Qué ventura,
no es verdad, ser la criatura
simpática al Ganeral?...
D.ª Ana. (Ah!... se me hiela de espanto (Aparte.)
la sangre dentro las venas!...)
Barrios. Ved las doradas cadenas (Por el estuche.)
que unirán afecto tanto.
Jamás tan alto poder
la belleza consiguió,
nunca el amor ofreció
mayor gloria á una mujer.
D.ª Ana. Deje que llame á Panchita
y ella conteste...
Barrios. Ya tarda.
Oh, qué sorpresa la aguarda!...
D.ª Ana. (Ay, qué desgracia maldita!!...) (Ap. y sale.)

(En el trascurso de esta escena ó la siguiente, á voluntad de los artistas aparecerá Inés, sirviendo el mate, pero doña Ana la mandará con un signo retirarse á las pocas veces que hayan tomado.)

ESCENA V

BARRIOS, Doña ANA que vuelve con PANCHA.

Barrios. Panchita!... qué es de tu vida, (Esforzándose por parecer cordial.)
cómo estás, cómo te vá?
Quiero hablarte, ven acá,
niña del alma querida!...
Pancha. Señor!...
Barrios. Levanta esos ojos,
causa de tantos afanes
y escollo de los galanes...
acércate sin sonrojos!... (La toma de la mano hasta el sofá.)
Pancha. Señor, qué quiere de mí?...
Barrios. Que te sientes á mi lado,
así; y toma sin enfado
eso que te traigo aquí.
Pancha. Un estuche?... y quién lo envía?...
Barrios. Abrelo, hermosa, y verás
maravillas...
Pancha. Yo?... Jamás!...
Abrelo tú, madre mía.
Barrios. No, por tu mano ha de ser.
Pancha. Traiga, quiero consentir;
mas ántes ha de decir
quién se lo manda ofrecer.
Barrios. ¿No hay en tu imaginación
alguna imágen grabada;
Pancha, no te dice nada
la voz de tu corazón?...
Pancha. Que os mofais creo de mí,
y esa burla más me ofende!...
Barrios. Mi gravedad no pretende...
Pancha. Pues no me trateis así;
acabad.
D.ª Ana. Niña, por Dios, (Conteniéndola.)
sé respetuosa...
Barrios. Tirana! (Muy afable.)
¿Qué le parece, doña Ana,
la pelea de los dos?

Oye, por fin; tu hermosura, (En tono formal.)
Pancha, vencer ha logrado
al hombre en quien ha cifrado
el Paraguay su ventura.
Nuestro joven Mariscal (Se nota en Pancha
y futuro Presidente desde ese instante
te adora rendidamente... turbación y desa-
¿quieres una dicha igual? grado, del que Ba-
Con esto, me manda aquí, rrios parece no
para dar seguridad apercibirse.)
de su fina voluntad,
que te ama con frenesí.
Ya los negocios de Estado
para López nada son,
pues todo su corazón
te lo tiene dedicado.
Habla, y tu nombre querido
brota de su labio amante:
oye, y resuena en su oido
tu acento, como el gemido
de una música distante.
Piensa, y la idea le ofrece,
siempre de luz adornada,
tu imágen, que resplandece;
mira, y todo le parece
tomar tu forma agraciada.
Ah! bien lo puedes creer:
tu alma y la suya son
mitades de un solo sér,
que ha tomado encarnación
en forma de hombre y mujer!...

Pancha. No: yo no puedo aceptar (Resueltamente.)
de López ese favor;
ni yo le he inspirado amor
ni él me lo puede inspirar.
Soy niña, y la paz me basta
que en ese humilde retiro
junto á mi madre respiro,
quiero ser y morir casta.
El techo que vió mi cuna,
el seno en que me crié,
jamás lo abandonaré

por el riesgo y la fortuna.
Decidle á vuestro señor
que es inútil me regale,
pues no hay riqueza que iguale
al tesoro de mi honor!...

D.ª Ana. Pancha!...

Barrios. Ponga usted, señora,
en juego su intervención.

Pancha. Es libre mi corazón,
como un rayo de la aurora!

Barrios. Piénsalo mejor, Panchita!

Pancha. Estoy resuelta, y no más!

Barrios. Después te arrepentirás...

Pancha. (Tanta porfía me irrita!) (Aparte.)
Le he dicho ya que no quiero;
¿duda usted que pueda haber
en mi patria, una mujer
opuesta á ese caballero?...
Sepa, señor, que las hay;
mártires de gran valía,
aun bajo la tiranía
que gobierna el Paraguay!...

Barrios. Cómo? (Levantándose.)

D.ª Ana. Disculpe le ruego,
una falta de advertencia
con esa niña!...

Barrios. Paciencia;
cómo ha de ser?... hasta luégo!...

D.ª Ana. ¿No se irá usted enojado?...
Panchita, decile adios!...

Barrios. (Aparte y amenazador desde la puerta.)
Pronto humillareis las dos
ese orgullo destemplado!...

ESCENA VI

Doña ANA y PANCHA.

Pancha. Se fué?

D.ª Ana. Sí, Pancha, ha salido,
pero temblando me deja;
las palabras que has vertido,

serán llevadas en queja
al tirano maldecido.
Y su enojo bastará,
para que cerque ocasión
de vengarse, y la hallará;
ay!... qué nos sucederá,
hija de mi corazón!...

Pancha. No temas, madre, valor,
nuestra causa es justa y santa;
ni el castigo, ni el rigor,
para salvar el honor
á los débiles espanta.
Dios, que esa ley ha dictado
al alma de las mujeres,
velando está á nuestro lado...
El, sin duda, me ha inspirado
á defender mis deberes!
¿Qué ménos decir podía
al paraguayo traidor,
que viniendo como espía,
comprarme se proponía
con oro de su señor?
¿Acaso esa noble tierra
está del cielo maldita,
y un sér altivo no encierra,
que pueda como... Panchita,
luchar con el vicio en guerra?
¿Habrá todo sentimiento
de nobleza, sucumbido,
al punto, que sin aliento,
seamos el instrumento
de un déspota envilecido?...
¿No habrá más que obedecer
siempre, y sufrir y callar,
á cuanto le antoje hacer,
desde el sólio del poder
hasta el rincón del hogar?..
Siquiera un ejemplo haya
de firmeza y rectitud
que sus iras ponga á raya:
¡una mujer paraguaya
que muera por la virtud!...

D.ª Ana. Quién irá contra su estrella?...
Pancha. Yo, porque libre es el alma;
y no puede nadie en ella,
turbando su santa calma
imponer yugo, ni huella!...
D.ª Ana. Infeliz! Del sacrificio
serás víctima!...
Pancha. Lo sé...
no me espanta el precipicio: (Váse doña Ana.)
quiero arrostrar el suplicio
por la gloria y por la fé!... (En actitud sublime.)

ESCENA VII

PANCHA y PEDRO, que entra sigiloso.

Pedro. Pancha!
Pancha. Mi primo! tú aquí?
qué sorpresa!
Pedro. Tan solita!...
no me aguardabas, Panchita?
Pancha. No: pero pensaba en tí.
Pedro. ¿Por manera que la ausencia
no ha sido causa de olvido?...
Pancha. Dime pronto, á qué has venido? (Cariñosamente)
Pedro. Todo vendrá con paciencia...
¿estamos solos?
Pancha. Sí, á fé.
Pedro. Porque es bueno estar alerta;
¿quieres que cierre la puerta?
Pancha. Seguro!...
Pedro. Ahora hablaré.
No viste tú, la otra noche,
á tiempo que me marchaba,
que por la calle pasaba
el General en su coche?...
Pancha. Creo que sí; y por ventura?...
Pedro. Volvió el semblante y me vió;
pienso que no le gustó,
pues hizo mala figura.
Desde entonces he notado,
sin que pueda equivocarme,

que hay empeño en espiarme
si salgo, ó vuelvo á tu lado.
Yo me guardé de volver,
estando en observación;
pero, Pancha, el corazón
no se puede contener.
Con el ansia que sentía
de verte, me resolví;
que al estar lejos de tí,
me falta la luz del día.

Pancha. Ah, Pedro, cuánta dulzura
tuviera ese amor divino,
á no trocarlo el destino
en un cáliz de amargura!
Creo que de ambos en pos
se cierne un horrible drama,
y que el martirio nos llama
por un decreto de Dios!

Pedro. Qué ocurre?... estás angustiada?

Pancha. Oh! queda en paz un instante!...

Pedro. Algo leo en tu semblante
de inquieto, y en tu mirada!...
Habla: me iré sin tardar...

Pancha. No conjuremos la suerte;
es tanta mi dicha al verte,
que no la puedo ocultar.
Quisiera poderte dar
mi vida, mi alma entera:
después... acaso me espera
algo muy triste sin tí;
oyes?... esa voz de aquí, (Por el corazón.)
es mi adivina certera!...

Pedro. Pancha; loco de emoción,
no sé qué escucho ni pienso:
es un fuego tan intenso
el que arde en mi corazón,
que ofuscada la razón,
de la realidad me olvido...
solo tú, mi bien querido,
me conmueves y fascinas;
solo tú, porque adivinas
ese poema acá escondido! (Idem.)

Yo he visto el cielo brillar
con innúmeras estrellas,
y he visto sus luces bellas
reflejadas en el mar;
y en su etéreo luminar,
¡cuántas veces he quedado
confundido, deslumbrado!...
mas no esperaba, Panchita,
que en tu hermosura infinita
su luz hubieran juntado.
Así, de fulgor modelo,
tu mirada poderosa,
es mil veces más hermosa
que la mirada del cielo:
hay en ella fuego y hielo
según abrasa, ó convierte
en mortal pavesa inerte
la pasión más encendida,
sus rayos que me dan vida,
¡á cuántos dieran la muerte!...
Ojos de doble atracción,
engarzados en tu frente,
como espejo trasparente
de tu noble corazón;
perlas y brillantes son,
que el sentimiento aquilata;
fuente de ternura innata
y de amoroso veneno...
lago profundo y sereno
que un sol de dicha retrata!
Vuelve, Panchita, hacia mí,
por última vez tranquilas,
esas ardientes pupilas
que encienden mi frenesí.
Oh! mírame siempre así,
aun cuando morir me veas;
pues si mi gloria deseas,
por tus ojos has de ver
que mi muerte es... de placer.

Pancha. Sí, Pedro; ¡bendito seas!!...

ESCENA VIII

Dichos y Doña ANA.

D.ª Ana. Los dos!... Invade mi sér
la más profunda alegría...
¡Panchita!
Pancha. Ven, madre mía.
D.ª Ana. Pedro!... nos vuelves á ver?
Pedro. Sí, doña Ana, ya era hora.
D.ª Ana. Dónde estuviste?
Pedro. Ocupado!
D.ª Ana. Pero, mucho te has tardado...
Pedro. Deje el ser caviladora;
nada de particular
hay en eso...
D.ª Ana. Sí por cierto,
¿cómo has venido encubierto?
Pedro. Fuera largo de contar.
D.ª Ana. Formal, dinos lo que pasa...
Pedro. Yo nada importante sé,
acaso más sabe usted
y no sale de su casa.
D.ª Ana. Oye; cuéntale, Panchita...
Pancha. No importa ahora, mamá!
Pedro. Qué hay, pues?
D.ª Ana. Ella te dirá;
vino Barrios de visita...
Pedro. Y cómo tú me ocultabas?... (A Pancha.)
Pancha. Por favor!
D.ª Ana. Habla, mujer!
Pedro. Sí: yo lo quiero saber!...
Pancha. No puedo.
Pedro. Te lo guardabas
acaso...
Pancha. No, primo, calla;
por la dicha de ese instante,
quise olvidar...
Pedro. Adelante!

Pancha. Aquella fiera batalla;
mas, puesto que la ocasión,
y usted, mi madre, me obliga...
D.ª Ana. Sin duda!...
Pedro. Deje que siga;
te oigo con toda atención.

(Suenan fuertes golpes, y se abre bruscamente la puerta dando paso á dos Polizontes.—Los actores quedan como petrificados.)

ESCENA IX

Dichos y dos POLIZONTES.

Poliz. 1.° El es! (Señalando á Pedro.)
Poliz. 2.° ¿Quiere usted salir?
Pedro. Yo?...
Poliz. 1.° Sí!
Poliz. 2.° Y pronto, ya nos vamos.
Pancha. }
D.ª Ana. } ¡Dios mío!...
Poliz. 1.° Ese es quien buscamos.
Pedro. ¿Quién les ordena venir?
Poliz. 1.° No le importa.
Pedro. Cómo nó?
soy honrado, y nada temo...
Poliz. 2.° Silencio!... manda el Supremo;
dése preso, y se acabó.

(Agarra á Pedro por un brazo.—Pancha cae desmayada en brazos de doña Ana.)

D.ª Ana. ¡Cielos! (Recibiendo á Pancha en su seno.)
Pedro. Oh, maldita estrella!...
Poliz. 1.° Marche ya!
Pedro. Adios, doña Ana!...
pobre Pancha, pobre hermana!...
D.ª Ana. ¡Pedro!... (Mostrándole á Pancha.)
Pedro. Véle usted por ella!...

D.ª Ana. Volverás?...
Pedro. Lo espero en Dios!

(Sale empujado brutalmente por el Polizonte.)

D.ª Ana. ¡Quedamos en la orfandad!... (Abrazando y besando su hija.)
¡Virgen de la Soledad,
ampáranos á las dos!!

CAE DESPACIO EL TELÓN

ACTO SEGUNDO

La escena en casa de Pancha.—Sala y alcoba.—Al anochecer.—Señoras de visita.

ESCENA PRIMERA

Doña ANA, PANCHA y señoras.

D.ª Ana. Nunca vamos hasta allá;
me canso tan fácilmente!...
Señora. Pues, está lleno de gente.
D.ª Ana. Lo creo.
Señora. Panchita irá
con Emilia; usted conmigo;
y si fijamos el día
acaso también vendría
don Ramón, que es nuestro amigo.
D.ª Ana. Bien está; yo le diré...
Emilia. Verás tú qué bien se pasa, (A Pancha.)
hay una huerta en la casa
lo mejor de Lambaré.
Pancha. Y, flores?...
Emilia. Te admirarás;
ésta lo sabe, y Jacinta. (Por otras niñas presentes)
Pepita. Todo es un jardín la quinta...
y fruta... no he visto más! ..

D.ª Ana. Iremos esta semana;
¿les parece?
Señora. Cualquier día. (Suena la campana de las ánimas.)
Pancha. Oigan; el Ave-María...
Señora. Comience el rezo, doña Ana.
(Rezan todas devotamente.)
Señora. Ahora, con su permiso,
nos retiraremos ya. (Se levantan.)
D.ª Ana. Vuelvan pronto.
Señora. Ésta vendrá,
por las tardes, si es preciso. (Por su hija.)
Emilia. Terminaremos las dos, (A Pancha.)
más prontito ese bordado.
Pancha. Conforme.
Pepita. Todo arreglado.
Señora. Doña Ana, pues, adios!
adios, Pancha!
Pancha. Adios, Pepita!
y tú, Emilia, hasta mañana!
Pepita. Adios, Pancha, adios, doña Ana!
Emilia. Hasta mañana, Panchita!... (Salen besándose.)

ESCENA II

Doña ANA y PANCHA.

Pancha. Nada saben todavía!...
mas, no faltará indiscreto
que venda caro el secreto.
¡Ay, Pedro del alma mía!... (Se sienta muy triste
¿Qué habrá sido ya de tí, junto al velador.)
en manos de esos traidores?
triste flor de mis amores
que te marchitas así!...
D.ª Ana. Pancha!
Pancha. Déjeme llorar,
y lamentarme, y gemir!...
después de tanto sufrir,
eso me vá á consolar.
D.ª Ana. Comprendo, sí, tu aflicción;
pero no es justo, hija mía,

dar pábulo á la agonía
del tuyo y mi corazón.
Nuestras lágrimas amantes
eco ninguno hallarán.

Pancha. Oh!... cuál no será su afán,
Dios mío, en esos instantes!... (Absorta con la memoria de Pedro.)

D.ª Ana. Basta, Panchita, ten calma,
te lo ruega mi ternura;
vas á aumentar la amargura
que siento dentro del alma!

Pancha. Pobre de mí!...

D.ª Ana. Bien lo sé,
sufres mucho...

Pancha. Demasiado;
la vida me han arrancado
desde que Pedro se fué!...

D.ª Ana. Nadie, como yo, deplora
esa desgracia cruel;
pero en vano es ya por él,
desesperarnos ahora.
Solo Dios puede salvarlo,
y ser amparo á las dos.

Pancha. Encomiéndalo tú á Dios:
á mí me basta llorarlo!...

D.ª Ana. Hija, te voy á dejar,
¿me quieres, no?

Pancha. Con exceso.

D.ª Ana. Dame un abrazo... y un beso...
otro!... y cesa de llorar!...
¿Vas á acostarte?

Pancha. Enseguida.

D.ª Ana. Pues haz, Pancha, por dormir.

Pancha. No he de poder conseguir,
por lo que estoy afligida;
pero al fin descansaré.

D.ª Ana. Adios!... (Váse.)

Pancha. Adios!... Cierra bien
la puerta. (Se oye volver la llave. Una pausa.)
Qué sola quedo!...
no sé por qué tengo miedo!...
cerraré aquella también. (Por la otra puerta.)

ESCENA III

PANCHA. Dá una mirada en derredor y paso á paso se dirije al proscenio.

Triste noche!... la primera
que esparce con negro horror,
en la tumba de mi amor
su soledad lastimera!...
Veo en la sombra, doquiera
la medrosa vista alcanza,
un espectro que me lanza
ese reto abrumabor;
ó la vida sin honor,
ó el amor sin esperanza!...
Pedro, ausente; conducido
por soldadesca brutal,
como aleve criminal,
á la muerte ó al olvido.
Ese hogar, escarnecido
por un hipócrita espía,
que á amenazarme venía
de parte de su señor;
y lo que aun es peor,
dudando la madre mía!... (Con intención este verso.)
¿A quién puedo recurrir,
de quién me podré fiar,
se habrán podido juntar
para hacerme sucumbir?...
Y bien; si debo morir,
para oprobio del más fuerte,
venderé cara mi muerte...
Soy paraguaya, que altiva,
será honrada mientras viva,
pése al rigor de la suerte!...
Oh, patria!... el luto deploro
que oscurece tu semblante...
no eres ya estrella radiante (Alusión á la estrella del Pabellón Nacional.)
de la gloria y el decoro.
La sed avara del oro,
y el orgullo del poder,

dieron á López el sér;
él te humilla y ensangrienta...
Toma, si basta á tu afrenta,
la sangre de esa mujer!... (Por si misma, en su-
(Se oyen pasos.) Qué oigo? fué una ilusión, blime actitud.)
sin duda de mis sentidos?
no!... son pasos reprimidos
con misterio y precaución!...
Socorro, madre... traición!
aquí un estraño se esconde...
pero ¿dónde estás... en dónde?
Descúbrase ya ese espía! (Se oye el rumor
pronto... pronto, madre mía!... más próximo.)
Madree!... y no me responde?...
(Corre hacia la puerta por donde salió doña Ana, la golpea y se hinca llena de sobresalto.)

ESCENA IV

PANCHA y LÓPEZ. Este aparece por la otra puerta. Pancha se vuelve y pone en pié con altivez. Una pausa.)

Pancha. Ah!... Pancho!... infame, tú aquí?...
López. Óyeme, Panchita hermosa,
vine á decirte una cosa
muy urgente para tí.
Pancha. Atrás!... qué quieres de mí?...
dilo, si es caso, enseguida.
López. Oh, no te asustes, mi vida;
pido no más un momento,
para espresar lo que siento
ante tu imágen querida!...
Pancha. Basta; no prosigas más!...
López. Pero, el secreto, Panchita,
que en mi corazón palpita,
por ventura no oirás?... (Adelanta unos pasos.)
Pancha. He dicho ya que, jamás!...
vuelve por donde has entrado;
no te acerques, desdichado,
pues contigo lucharé!...
López. Soy tu esclavo, quiéreme... (Con pasión.)
ángel mío idolatrado!...

Pancha. Aunque te humilles así,
temeraria es la porfía;
primero consentiría
morir mil veces, aquí!
Desde que te conocí,
adiviné tu intención;
ha llegado la ocasión,
y no la temo, Solano;
me basto para un villano
que me sorprende á traición!...

López. Deja ese lenguaje hiriente, (Recobrando su dominio.)
Pancha, y no seas ingrata;
vé que nadie me maltrata
á su gusto, impunemente!...
Lo que pido blandamente,
puedo, á la fuerza lograr;
si me quieres escuchar,
nada tu ventura iguala...
pero si dás en la mala,
también te voy á amansar!...

Pancha. Eso, nunca!...

López. Vás á ver;
te prevengo que soy necio! (La agarra de un brazo)

Pancha. Lo sé; pero te desprecio;
no es bastante tu poder.
Suelta!!.. (Desprendiéndose.)

López. Bien; voy á ceder;
pero decime por qué?...
aquí ninguno te vé, (Con misterio.)
y en secreto quedará...
reflexiona, y dame ya,
el sí, que tanto esperé!...

Pancha. Véte!... mi resolución,
la sabes tú con exceso;
ódio mortal te profeso,
repugnancia, y aversión!...

López. Te obstinas á la razón?...
pues te vás á arrepentir!... (Lucha por abrazarla)

Pancha. Oh, madre!...

López. No vá á salir,
aunque tus gritos oyera...
(Aparece la sirvienta con una luz.)

Pancha. Inés!... Inés!...
López. Vaya afuera;
no tiene aquí que venir!... (Con voz destemplada.
Ahora, nadie te valdrá; Váse Inés.)
sin apoyo ni testigo,
á solas quedas conmigo
por última vez, quizá!
Tu locura exigirá,
que haga uso del rigor: (Suelta á Pancha y le apun-
el *sí,* ó el *nó!*... ta con una pistola.)
Pancha. Nó, traidor!...
héme aquí pronta, dispara, (Pone los brazos en
miéntras te escupe en la cara, cruz, hincada.)
la víctima con su honor!...
(Una pausa.—López baja el arma y queda contemplándola.)
López. Demonio debes de ser,
ó ángel, que pudo arredrar
mi enojo, pronto á vengar
tu insolencia de mujer.
No eres digna de obtener
piedad ninguna y favor;
acaso del propio amor
sublevada la conciencia,
quiere aplazar tu sentencia
para otra ocasión mejor!...
Pancha. ¡Qué hablas de amor ni piedad,
si en tu labio fementido,
son palabras sin sentido,
y rasgos de vanidad!...
¿Cuándo has dicho la verdad,
adivinas quién te inspira,
ni el poder que te retira
de ese sagrado aposento;
sabes tú qué es sentimiento
ni qué, conciencia?... mentira!...
Iluso por el placer,
que hallas fácil donde quiera,
te parece una quimera
la honestidad y el deber:
la virtud de la mujer,
el respeto del hogar,

la palabra de fiar,
la promesa que cumplir...
tú solo sabes destruir,
y ofender, y castigar!...
No has sentido todavía,
ni que lo alcances espero,
lo que es afecto sincero,
y amistad, y simpatía;
la deliciosa armonía
del alma, entregada al bien;
la ilusión, que es un eden,
la esperanza, que es un dón,
la fé, que es una creación
de mundos que no se ven!...
La inocencia candorosa,
que es un tesoro del cielo;
el vago y fecundo anhelo
de la pasión amorosa.
Los mil ensueños de rosa,
propios de un sér virginal;
los goces de la moral,
los frutos de la razón...
el encanto del perdón,
el olvido para el mal!...
¿Dónde puedes, por ventura,
dirigir una mirada,
que no sea rechazada
con desprecio, ó amargura;
á quién pedirás ternura
con tu sombría actitud...
qué premio, ni gratitud
hallará en tí la nobleza,
ni socorro la pobreza,
ni amparo la juventud?...
¿Dónde está, en tí, el escarmiento
capaz de enmendar el daño;
la herida del desengaño,
la luz del remordimiento...
de la advertencia el acento,
la confesión del error,
el afán reparador,
los vuelos de ráudo giro...

la dulzura de un suspiro,
de una lágrima de amor?...
Oh!... nada percibes, nada,
que redimirte pudiera;
no hay una estrella siquiera
para esa noche cerrada.
Jamás, en tu alma apagada,
el genio podrá lucir;
tu destino es existir
como el reptil solapado,
haciendo el mal. ¡Desdichado,
y aún te atreves á vivir!...
Pero nó; sufres también,
y es más amarga la pena
que á soledad la condena,
el oprobio y el desdén.
Lucha enorme, sin sostén,
desventura sin consuelo,
la muerte por todo anhelo,
el horror por lenitivo...
impío volcán, que altivo,
sus llamas arroja al cielo!...
Podrá la suerte importuna
dar pábulo á tu ambición,
y dorarte el escalón
del poder y la fortuna;
pero allí, calma ninguna
á tu deseo hallarás,
siempre en pos de más... y más...
será tu suplicio eterno...
has vivido en el infierno,
en infierno morirás!!...

(Durante esa relación de Pancha, intenta López algunas veces hablar, pero se lo impide ella con imperioso ademán. Por último, abandona López contrariado y confuso, la escena.)

ESCENA V

Doña ANA y PANCHA.

D.ª Ana. Dónde estás, Pancha, qué ha sido
de tí?...
Pancha. Oh, ya no hay cuidado!...
porque me has abandonado,
cuando el peligro he corrido;
te llamé, no me has oido?...
D.ª Ana. Maldición!... sí que te oía;
pero fué en vano, hija mía,
pues López, para perderte,
con amenaza de muerte
me tuvo, si respondía!...
Pancha. También á mí me apuntó,
loco!... con una pistola.
D.ª Ana. Yo temí, que estando sola...
Pancha. Pero no me acobardó,
dime, viste si salió?...
D.ª Ana. Espera, Inés lo dirá. (Sale al patio.)
Pancha. Llámala.
D.ª Ana. Acaso estará
arriba, de observación...
Pancha. Oh, me dice el corazón
que no la hallaremos ya!...
D.ª Ana. Inés, Inés!...
Pancha. Es en vano,
ya estuviera por aquí.
D.ª Ana. No responde; para mí,
debió llevarla Solano!...
Pancha. Adiviné; ese villano,
despechado ya conmigo,
necesita algún castigo,
y esa infeliz vá á pagar;
el tigre se ha de vengar,
la inocencia es su enemigo!...

CAMBIO DE DECORACIÓN

Una cárcel de la época.—Centinela en el foro.

ESCENA VI

LÓPEZ, BARRIOS, luégo INÉS.

López. De aquel cuarto...
Barrios. Esa es la llave;
pero, aunque la casa es buena,
está de gente tan llena,
señor, que ya no se cabe.
López. Hay novedad por acá?...
Barrios. Trajeron una doncella...
López. Sí, pues; vaya usted por ella,
y afuera me esperará.
(Váse Barrios y vuelve con Inés de la mano, la deja y se vá, viéndosele pasear por el patio.)
López. Vení, muchacha...
Inés. Señor!...
López. Porqué lloras?...
Inés. Ah, mi ama!...
López. Desde hoy serás mi mucama,
no te parece mejor?... (Irónico.)
A ver si tienes juicio,
y haces cuanto te diré;
con eso comprenderé
si sirves para el oficio.
Pedro, el nóvio de Panchita,
acá te voy á mostrar;
así él te vá á preguntar
desde luégo por tu amita;
cómo lo pasa sin él,
y qué te manda decir;
en fin, si piensa venir
ó le envía algún papel.

Fíjate; tú como agena
á todas esas cuestiones,
no le darás más razones
sino que está alegre y buena;
que me vistes en su casa,
y venturoso con ella,
chacoteamos de su estrella,
y del chasco que le pasa.
Que Pancha ya se olvidó
á la fecha, de su primo;
y notando que la estimo,
ser mía me prometió.
Entendiste? es necesario
que pronto y del mejor modo
sepas contestarle á todo.

Inés. Bien, señor!...

López. De lo contrario...
(Hace un signo de muerte significativo.)
ya sabes!... Ahora, Coronel, (Llamando á Barrios)
venga.

Barrios. Ordene, General!...

López. Que suba ese criminal
y hable esta niña con él.

(López se retira quedando sin embargo en acecho. Barrios váse. Se oye ruido de grillos y aparece Pedro entre soldados que lo dejan con Inés.)

ESCENA VII

PEDRO é INÉS.

Pedro. Pobre Inés!... estoy en mí? (Reconociéndola.)

Inés. Señor!

Pedro. Qué viniste á hacer?
libre, me has venido á ver,
ó te trajeron aquí?...

Inés. Soy... libre... (Balbuceando.)

Pedro. Pues ocurrió
alguna gran novedad
por tu casa?... la verdad!...

Inés. Ninguna, que sepa yo... (Con cierta dificultad.)

Pedro. Doña Ana y Pancha, qué tal están?

Inés. Por ahora... buenas.

Pedro. Sin duda lloran mis penas
igual que su propio mal?...
Acércate; ¿por ventura (Inés sigue guardando silencio, pero haciéndole una que otra seña de advertencia.)
te encargaron para mí
algo?... Con franqueza, dí...
por qué lloras, criatura?...
Entonces, nada sabré,
y la duda más me acosa;
dí, al menos, si aquella hermosa
me guarda constancia y fé...
Si se acordó algún instante
siquiera, de mi aflicción;
si late su corazón
por el mío, aunque distante...
Una palabra, por Dios,
Inés... ¿no me dices nada?...
(Al llegar aquí se dá cuenta repentinamente Pedro de la situación.)
¡Ah! sospecho la emboscada
en que caimos los dos!!...

ESCENA VIII

Dichos, LÓPEZ y BARRIOS.

López. Haga usted formar la gente, (A Barrios.)
y cumpla con toda urgencia
de uno y otro la sentencia.

Barrios. Dónde?...

López. Aquí, no más! (Señalando el patio.)

Barrios. Corriente!

López. Levántate, y á morir (A Pedro.)
vais los dos, por impostores;
así acaban los traidores
las gentes de mal vivir. (Golpea á Pedro é Inés con el rebenque.)
Pronto!... (A los soldados.)
De vuestra malicia
cuenta dareis enseguida;

poco es quitaros la vida,
más debeis á la justicia!... (Vánse.)

Para aplastar la cizaña (Hablando como consigo
que por todas partes hay, mismo.)
necesita el Paraguay
un hombre de mi calaña.
Nunca tregua, ni favor
con el prójimo, que es malo;
la ley; el sable y el palo,
único dogma; el rigor.
De ese modo mi poder
será indestructible, eterno!...
(Suena una descarga.)

Barrios. Está cumplida!... (Por la órden.)

López. ¡Al infierno! (Por las víctimas.)
os ampare Lucifer!! (Suelta la carcajada.)

CAE RÁPIDO EL TELÓN

ACTO TERCERO

Campamento de López.—Tiendas de campaña.—Centinelas.—Varios Prisioneros.

ESCENA PRIMERA

VÍCTOR, hablando con un PRISIONERO.

Víctor. Has dicho que eres francés?...
Prision. Sí por cierto, de París.
Víctor. Y dejaste aquel país?...
Prision. El año sesenta y tres.
Víctor. Servías en la marina?...
Prision. No tal; yo vine enganchado
á la guerra, y soy soldado
de la bandera argentina.
En el peligro el primero,
ayer tarde en la batalla,
caí herido de metralla
y me hicieron prisionero.
Víctor. No te espante ese revés,
hallándote ya conmigo;
contarás con un amigo
porque también soy francés.
Prision. Oh, gracias: vuestra amistad
acepto con atención...

puede ser mi salvación!...
Víctor. No tengais duda, escuchad:
¿me oistes hablar á mí
de Madama Linch, ahora?...
Prision. Cierto.
Víctor. Pues, esa señora,
sabed que lo es todo aquí.
Modelo de la elegancia,
y hermosura placentera,
á título de viajera,
vino con López de Francia.
Estaba allá el General,
de Ministro, según creo;
y daba brillo á su empleo
con esplendor oriental.
Hombre joven y soltero,
amigo de sociedad,
con bastante vanidad
y muchísimo dinero;
fué invitado á una soirée
que en obsequio á la Embajada,
dió una dama muy letrada
en ambigus y ecartée.
Reinó allí gran etiqueta;
pareciendo la reunión,
una grave recepción,
y era, una trampa secreta;
que López, á toda prisa
allí, debía pisar...
La dama, sin vacilar
presentó *su prima,* Elisa.
Y á las otras que allí había;
sus *sobrinas,* las llamaba!...
Sólo á mí no me engañaba
porque á todas conocía...
Fijaos, el peluquero (Por sí mismo.)
que dos años las sirvió!...
Prision. Así que es usted...
Víctor. Sí, yo,
quien á Elisa vió primero;
y al baile con ella fuí,
viendo con gusto el afán

que su papel de galán
hizo el General allí.
Elisa, que en parte alguna
puede tranquila vivir,
pues de Argél tuvo que huir
sin esposo y sin fortuna;
y de otro lance de amor,
se hallaba medio apurada,
creyó su mano salvada
pescando el Embajador.
Claro está, con mil ternezas
sus protestas recibía,
¡codiciosa!... porque olía
un manantial de riquezas!
Al fin, López la ofreció
llevarla consigo, luégo;
el amor lo pintan ciego...
cegó él, y ella aceptó!...
Llegado el día postrero,
mandome Elisa llamar,
por si quería aceptar
el cargo de camarero.
No me opuse, presintiendo
mejor fortuna á su lado;
pero me había engañado,
por lo que ahora comprendo.
Ella altiva, y él, sin ley,
con todos viviendo en guerra,
tratan esa pobre tierra
con la insolencia de un rey.
Qué!... los viejos camaradas
ni los deudos, nada son,
ante la loca ambición
de esa pareja malvada.
Es terrible su poder,
y no hay más que transigir;
debe, el que quiera vivir,
adular y obedecer!!...
Ese es el gran campamento
de López, donde ella está;
mi llegada sabe ya,
y ha de venir al momento.

Prision. Os acordareis de mí?...
Víctor. Pronto seré vuestra ayuda,
creo que viene... sin duda;
ella es!...

ESCENA II

VÍCTOR y ELISA LINCH.

Elisa. ¿Quién está ahí?...
Víctor. Vuestra gracia, no esperaba?...
Elisa. Ah! eres tú?... no, por cierto;
dijeron que habías muerto,
eso sólo te faltaba.
Víctor. Señora!...
Elisa. Vamos á ver,
¿á qué viniste? sé breve.
Víctor. A ofreceros... ese *Debe!*
(Entregándole tímidamente un papel.)
Elisa. Yo no admito más que *Haber!*... (Lo rasga con altivez.)
La Banca cerraste ya?...
Víctor. ¿Qué otro remedio, señora,
si nadie un franco atesora,
y Luque entero se vá?
Con el miedo de la guerra,
sólo enfermos han quedado;
el dinero se ha eclipsado
con la gente que lo encierra.
Elisa. Bandido!... y los cuatro meses
que llevas, sólo, en el juego?...
Víctor. Dejadme hablar, os lo ruego...
Elisa. Esos son los intereses?...
Víctor. No se ha jugado siquiera
una noche...
Elisa. ¡Qué desmán!
tienes coraje, truán,
de mentir de esa manera?...
Víctor. Es la verdad pura y franca,
os lo fio por mi honor!...
Elisa. Palabra de salteador...
vás á pagarme la Banca!
A ver!... (Llamando.)

Víctor. Elisa, piedad!...
Elisa. Saquen de ahí ese embustero...
(Dos soldados lo agarran.)
Víctor. Piedad!... vuestro peluquero... (Ridículamente miedoso.)
oh!... por su antigua amistad...
en memoria de aquel día...
os acordais?...
Elisa. Nada sé!...
Víctor. Que en París... en la soirée...
de casa su buena tía...
Elisa. Llévenlo enseguida afuera!...
Víctor. Compasión!...
Elisa. No hay compasión
para un infame ladrón!... (Váse.)
(Víctor desde el foro, volviéndose con energía.)
Víctor. Y tú, maldita ramera!!...

ESCENA III

LÓPEZ, BARRIOS y varios JEFES.

Un Mayor La vanguardia atrincherada
y en orden de formación:
la Segunda División
aguarda vuestra llegada.
Hecho el reconocimiento
que me ordenó Su Excelencia,
no ha dado más consecuencia
que avistar el campamento
que de una loma al abrigo
y emboscado en la maleza,
levanta con gran presteza
la izquierda del enemigo.
Ese es el parte verbal (Entregando un papel.)
de los Jefes, que trasmito
á vuesencia por escrito...
López. Está bien.
Un Mayor Mi General! (Saluda y váse.)
López. Su batallón dónde está?... (A un Coronel.)
Coronel. Viene en marcha tras de mí.
López. Qué no se detenga aquí,
si anoche descansó ya.

Vaya enseguida con él
otra vez á la avanzada;
si hay fuego esta madrugada,
no ceje, ni dé cuartel.
Y el entusiasmo levante
de la tropa con ardor:
no quiero sólo valor,
sino soldados de aguante.
Entendió?

Coronel. Muy bien, señor! (Saluda y váse.)

López. Puede volverse enseguida.
Usted... pronto, la comida, (A un Oficial.)
ántes que venga el calor. (El Oficial saluda y váse)
Cómo estamos de raciones? (A Barrios.)

Barrios. Escasas en proporción,
para la repartición...

López. Cuántos son los batallones?...

Barrios. Diez y nueve, sin contar
la sanidad y ambulancia.

López. Haga usted la vigilancia
por hoy, y vuelva á llegar.
Después del rancho saldremos
sin pérdida de momento,
y quede acá el campamento
con las bajas que tenemos.

Barrios. Iré pues á contener
cualquier desmán en la gente...

López. No se tarde.

Barrios. Ciertamente!... (Váse.)

López. Lo esperamos á comer.

ESCENA IV

LÓPEZ y ELISA LINCH.

López. Elisa!... Elisa!...

Elisa. Aquí estoy! (Entrando.)

López. Malas nuevas! ..

Elisa. ¿Qué te pasa?

López. Cumplida la tregua escasa,
torno á las filas, me voy!...

Elisa. Oh! qué desdichada soy,
solo un momento te veo...
López. Contingencias del empleo...
Elisa. Y hastío del corazón!... (Con coquetería.)
López. No tal; es la obligación
primero que el buen deseo. (Pausa.)
Si al menos tanta fatiga
diera feliz resultado;
si el golpe que he imaginado
contra la hueste enemiga;
á retirarse la obliga
todo cuanto he menester,
para formar y rehacer
mis ligeros escuadrones...
tendría más ocasiones
de hablarte y venirte á ver.
Los negros!... gente porfiada,
un instante no me dejan,
avanzan siempre, y no cejan,
jornada sobre jornada!...
En Cuevas, pasó la Armada,
y arrasaron Humaitá; (Con gran desencanto.)
los brasileros acá...
los argentinos allí...
Veremos Curupaití,
si en sus manos caerá!...
Elisa. Vencerás, estoy segura;
tu energía y previsión,
es la mejor condición
para campaña tan dura...
Pero, moderar procura
tu bélico frenesí; (Con estudiado fingimiento.)
no te prodigues así,
pues si un riesgo te ocurría,
Dios sabe lo que sería
del Paraguay y de mí!...
López. Desecha ese pensamiento,
no llegará la ocasión;
como el Gran Napoleón, (Con énfasis.)
el peligro es mi elemento!...
Elisa. Ya sé, admirada me siento,
de tu fiereza y valor;

serás el conquistador
de América, ante la historia...

López. Tu voz me llama á la gloria,
con las gracias del amor!...

Elisa. Sí; cual matrona romana,
debo y quiero anteponer
la guerra, que es tu deber,
á mi dicha soberana.
Párte, y el laurel afana,
que tus sienes orlará;
el día no tardará
del premio que nos espera...

López. Adios, mujer hechicera;
quién te ha visto, y te verá!...

Elisa. Oh, Pancho!...

López. Elisa, qué bella
me pareces cada día!...

Elisa. Te aguardaré todavía
esa noche?

López. No, mi estrella!...

Elisa. Yo quiero seguir tu huella,
á donde quiera que vayas...

López. Pero, infeliz!... no desmayas,
ante la cruda estación?...

Elisa. Nó; seré la inspiración,
de las armas paraguayas!...

López. Me voy, adios, queda en calma;
ya sabes cuánto te quiero!... (La abraza y váse.)

(Pausa. Ella soltando la carcajada.)

Elisa. Imbécil!... vaya un guerrero
para victoria, ni palma!
Amarga y negra es su alma,
como del áspid la hiel;
flojo, mezquino, cruel...
ridículo en su ambición...
y sueña en Napoleón!...
¡cómo me río yo de él!!! (Váse.)

(Miéntras los soldados levantan las tiendas, récogiendo el campamento, pasan varios grupos miserables; entre ellos, doña Ana y Pancha.)

ESCENA V

PANCHA y Doña ANA, en traje lastimoso.—Un CENTINELA.

D.ª Ana. Oh!... no me dejes atrás!
Pancha. Otro poco, y descansamos.
D.ª Ana. Cuándo será que llegamos...
Pancha. Ahorita!...
D.ª Ana. No puedo más!...
Pancha, la sed me devora...
Pancha. Voy á pedir por acá
si hay agua, alguno tendrá...
Centinela. No puede pasar, señora!...
Pancha. Paisano, por caridad,
venimos muertas de sed;
una gota de agua! .. ved,
que es mucha necesidad!...
Centinela. Atrás, atrás!... por aquí
no hay paso.
Pancha. Pues, ¿dónde iré
por ella?
Centinela. Y yo qué sé?...
Pancha. Desventurada de mí!
D.ª Ana. Hija mía, ya me muero,
ven á prestarme sustento!...
Pancha. Reposaos un momento,
el camino era tan fiero!...
Pronto traeré que beber,
y os pasará la aflicción.
D.ª Ana. Oh, es tarde!... el corazón
no me puede sostener...
Centinela. Retírense ya de aquí. (Empujándolas.)
Pancha. Dios mío, si está rendida!!... (Por doña Ana.)

ESCENA VI

Dichos y ELISA LINCH.

Elisa. (Esa voz me es conocida.) (Aparte.)
¿Quién es usted? (A Pancha.)
Pancha. ¿Me habla á mí?...
Elisa. Acérquese, se lo mando.
Pancha. Señora, en mi turbación...
Elisa. (Oh!... qué feliz ocasión, (Aparte.)
ella es la que estoy mirando.)
¡Pancha Garmendia!...
Pancha. Yo soy!...
(Elisa Linch, ¡qué amargura!) (Aparte.)
Elisa. A qué has venido, criatura? (Con desprecio.)
Pancha. De paso, con mamá, estoy. (Mostrándosela.)

(Una pausa.—Ambas se contemplan con dignidad.—Un soldado dá de beber entre tanto á doña Ana.)

Elisa. Oh! me place de esta suerte,
que un libre azar del destino
te haya puesto en mi camino:
deseaba tanto verte!...
Pero, nada en tí, me advierte
aquella paloma altiva
que los tiranos cautiva
con su hermosura ideal;
de las mujeres rival,
para los hombres esquiva!
La estrella de seducción,
cuya lumbre de virtud
atraía la juventud
amable de la Asunción.
¡Sofismas de la ilusión
el desengaño tocad!...
¡cuán distante á la verdad
es hoy, para quien te viera,
la apariencia lisongera
de la triste realidad!...

Caprichosa y vana, ayer,
pudiste sin menoscabo
atar, como vil esclavo,
en tus manos el poder.
Ícaro de la mujer,
subir hasta el sol podías;
pero, con alas tardías,
has vuelto, tras corto vuelo,
de las alturas del cielo
al polvo que merecías!
Ah! ¿qué le queda á tu frente
y á tus ojos tentadores,
más que vagos resplandores
de una primavera ausente?...
Ya eres digna solamente
de vagar de puerta en puerta,
por la miseria cubierta,
una limosna implorando...
ya solo te está aguardando
el sudario de una muerta!...

Pancha. Señora, no vine aquí
á mendigar su favor,
ni con fingido dolor
interesarla por mí.
La suerte lo quiso así;
y no por estar caida,
quiero deberle la vida
ni necesito perdón...
Eso es vender protección
sin que nadie se la pida!
Ignoro quién es la estrella,
ó paloma caprichosa
que dijo: fea ó hermosa,
la culpa no será de ella.
Mas, sé que pudo ser bella,
en su conducta ejemplar;
que jamás quiso escuchar
la lisonja y el placer,
y fué su templo el deber,
y su conciencia un altar!...
Venturosa, ó desdichada,
siempre pudo noblemente

(Elisa Linch hace la distraida jugando con un rebenque.)

llevar muy alta la frente,
por ser de mujer honrada.
Jamás inquietud dañada
de interés ó de ambición,
alentó su corazón...
por eso, si algún tirano
infamar quiso su mano,
lo rechazó con tesón! (Elisa se sonríe ma-
Viviendo en modesta esfera, liciosamente.)
modesto amor abrigaba;
y la dicha que soñaba
era la paz duradera.
Vió á Pedro, en la edad primera,
y amóle, como él la amó...
alguien su nombre ultrajó,
y fué preso y sentenciado:
perdone Dios al malvado
que su vida arrebató!!... (Llorando.)
Ah, señora, si algún día
amasteis un noble sér,
que luégo viste caer
por una venganza impía...
Si palpita todavía
en vuestro pecho el amor,
y sois sensible al rigor
de una desgracia fatal;
ved cuál ha sido mi mal,
y *quién* ha sido su *autor!* (Marcadamente.)

Elisa. Basta!... he sido ya indulgente,
oyendo tantas consejas...
de celos no más te quejas...
eres la envidia impotente!...

Pancha. Os engañais...

Elisa. ¡La inocente,
disculpa alguna precisa!... (Con sarcasmo.)
Silencio!...

Pancha. Atiéndame, Elisa,
otro poco!...

Elisa. Basta ya:
no ves, Pancha, que me dá,
en vez de cólera, risa?...
Queda ahí, con tu rencor

en medio de ese desierto,
sin que peligren por cierto
la honestidad y el honor...
Angelito de candor
el cielo te enviará
tal vez sabroso maná...

Pancha. Callad, no seais impía;
respetad nuestra agonía!...

Elisa. Nécia: ¿á mí que se me dá?...
Pudiera darte la muerte,
pero sería un favor:
más duro será el rigor
que te prepara la suerte.
Acá, miserable, inerte,
sentirás hora por hora,
la hiel de la sed traidora,
el hambre y la desnudez...
Abur!... por última vez!... (Riéndose. Una pausa.)

Pancha. Dios os lo pague, señora!!... (Con solemnidad.)

(Vánse con Elisa los últimos soldados.—Queda solo el desierto.)

ESCENA VII

Doña ANA y PANCHA.

Pancha. ¡Qué aborto de lucifer,
qué ingrata monstruosidad,
qué soberbia, qué crueldad
cabe á veces en un sér!...
¿Es posible en la mujer
semejante aberración?...
ella y López, triste unión
que hiciera el genio del mal!...
criminal con criminal...
dice el pueblo con razón! (Corre hacia doña Ana.)
. . . . . .
Y ¿cómo estás, madre mía?...
déjame ver tu semblante... (Le aparta el velo
no escuchas mi voz amante?... y acaricia.)
pero, está pálida... fría!

Vuelve, oh madre, á ver el día; (Rompe á llo-
mírame una vez siquiera... rar.)
responde!... Ah, tu postrera
caricia no me has guardado?...
Su hora había llegado!...
y muere sin que yo muera!!...
Adios!... concluyó su anhelo,
sus angustias, su pesar... (La besa y cierra los
pronto te vendré á buscar, ojos.)
madre mía, allá en el cielo!...
Tu reposo es mi consuelo,
la vida, mi frenesí...
¿cuándo querrá Dios, así,
librarme de tantas penas,
y rómper esas cadenas
que aun me sujetan aquí?... (Dá una vuelta por
Oh!... si alguno por ventura, la escena.)
mis tristes voces oyera;
un prójimo, que viniera
para darla sepultura?...
Imposible!... esa espesura
salvaje á mi alrededor,
apagaría el clamor...
¡por todas partes aislada,
enferma, y abandonada,
á solas con mi dolor!!...
Ay!... y mis fuerzas decrecen...
el hambre y sed me devoran...
y á los tigres que aquí moran
quizá de pasto me ofrecen!...
Ya sus gritos me estremecen!...
Dios mio... no puedo más!... (Cae desfallecida.)
Tú, solo, el porqué sabrás
de nuestro fin tan precario... (Señalando á doña
Yo te ofrezco ese Calvario, Ana que tiene á
y Vos, nos perdonarás!!... su lado.)

. . . . . .

Ya caigo desfallecida,
mi voz espira, y mi aliento;
solo vive un pensamiento
para mi patria querida.
Esa flor de despedida,

recibe sobre tus aras;
y si mi calma reparas,
aunque mi cuerpo sucumba,
es que vuelo de la tumba
al cielo que me preparas!...
Patria feliz, que algún día,
agena á los sinsabores,
eras un cesto de flores,
que el ancho río mecía;
corazón, donde latía
de América el santo amor;
panorama encantador,
recuerdo del paraiso;
imágen en que Dios quiso
prodigar su resplandor!...
Patria de ilustre memoria
cuyas bellas tradiciones,
con heráldicos blasones
ha señalado la historia...
Hija amada de la gloria,
mensagera de igualdad,
lazo de fraternidad
siempre vivo entre sus hijos,
aurora de regocijos,
y sol de la libertad!...
Tierra de pródigo clima,
de rico y fecundo suelo,
que borda el claro arroyuelo,
y el alto monte sublima;
que el ave canora estima,
y el viento murmurador;
donde, en efluvios de amor,
esparce de loma en loma,
sus cánticos la paloma,
y sus perfumes la flor!...
Pueblo de ánimo sereno,
liberal y hospitalario,
que dá su mano al contrario,
y abre su puerta al ageno...
y párte el pan con el bueno,
y perdona al enemigo,
y cede un techo de abrigo

al viajero sin hogar...
y muere para salvar
los que peligren consigo!...
Adios, adios!... se cumplió
mi misión sobre la tierra;
severa enseñanza encierra
vence el mal, y caigo yo!...
La tiranía apagó
los gérmenes de virtud,
y en infame esclavitud
quiso á todos aherrojar!...
Pero Dios sabrá labrar,
con sus hierros, su ataud!!...

(Se cubre el cuerpo y el rostro con el manto.)

CAE DESPACIO EL TELÓN

3 0112 127853247

IMPRENTA
de
Amengual
y
Muntaner
Palma 1889